La negación de los arquetipos: la poesía trágica[1]

Ofelia Badillo García

Si Federico Nietzsche se confiesa como "el primer psicólogo del eterno femenino", a Rosario Castellanos deberá considerarse, tal vez, como la primera deconstructora de ese discurso. Y aunque nunca leyó a Derrida —el último de los discípulos del filósofo alemán—, sí leyó a Nietzsche durante sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras e incluso retomó su obra para realizar la tesis *Sobre la cultura femenina* en 1950, año considerado como parteaguas de la cultura mexicana.

Eran precisamente los años en que los miembros del grupo Hyperión reflexionaban sobre el ser del mexicano. Cada uno de los miembros de esa supuesta generación se preocuparon por la crítica de una manera que, algunos años antes, no existió en México. Esta decidida vocación crítica, que Paz ha señalado como una de las características de la literatura moderna, los llevaría a cuestionar no sólo zonas específicas de la cultura nacional, sino a esta cultura en su conjunto, como una totalidad.

El eterno femenino, según Nietzsche, forma parte del patrimonio dionisiaco de la humanidad y constituye un recurso de placer, *por mor* de la repetición o de la imitación de una generación respecto a la anterior que asume como arquetipo o modelo ejemplar. En este sentido, insiste Nietzsche: "Predicar la castidad es incitar públicamente contra natura. El desprecio de la sexualidad, la roña del miedo a la «impureza» es un verdadero crimen contra la vida, el verdadero pecado contra la vida, el verdadero pecado contra el Espíritu Santo de la vida". Por lo que concluye, en la línea del pensamiento judeocristiano: "la mayor parte de ese «idealismo» perjudicial... tiene por objeto *envenenar* la conciencia, la naturaleza del amor sexual", mediante el celibato.[2]

Sin embargo, encuentra como única posible resistencia a la castración del amor sexual, el ejemplo de "las *desgraciadas*, de las emancipadas, de aquellas que no pueden tener hijos". Por eso propone que dentro del pensamiento occidental se deba definir "la *emancipación de la mujer* como el nombre que toma el odio instintivo de la mujer *fracasada*, es decir, de la incapaz de maternidad contra la mujer que posee esa cualidad".

Bajo el supuesto del eterno femenino nietzscheano, si bien Rosario no fue ajena al proceso de reflexión y crítica de la identidad mexicana, sí reflexionó desde la perspectiva inédita del *mito del eterno femenino*. Desde esta perspectiva, será necesario discutir sobre los mitos de narciso y el celibato, a fin de abordar las contradicciones entre la obediencia y la libertad de ser mujer en el discurso rosarino. Asimismo, exponer diversos ejemplos de las *emancipadas*, de esas anarquistas del mundo femenino propuestos por Rosario. Y finalmente, argumentar hasta donde Rosario Castellanos logró deconstruir los arquetipos establecidos por el pensamiento occidental, a través de una crítica arquetípica motivada por el mito de Nietzsche.

El eterno femenino: la séptima soledad

En 1971, cuando Rosario Castellanos denuncia las injusticias en contra de la mujer, se declara ciertamente como la precursora intelectual de la liberación de las mujeres

mexicanas. Este grito tuvo amplias repercusiones, sirvió a las mujeres del país, a las obreras, las burócratas, las amas de casa y las campesinas que caminan de sol a sol en los páramos, entre las peñas y los troncos carcomidos de incendios.[3]

En *El eterno femenino* resumió, con sarcasmos y en voz alta, sus ideas para: "demostrar, con hechos, que la mujer mexicana no es esa caricatura —o ese autorretrato— que la señora Castellanos presenta. No. La mujer mexicana es un ser humano, consciente y responsable, que actúa de acuerdo con arraigados principios morales, científicos, filosóficos y religiosos".[4] Si la puesta en escena encadena una serie de actos que representan a personajes femeninos extraídos de los estereotipos sociales, la historia y el mito,[5] lo que le hizo reír y temblar, el objeto de su visión, no fue el retorno, sino lo que el retorno puso al desnudo, los siete hielos de la condición femenina. Y esta soledad de siete pieles, que se alcanza por un camino u otro, es siempre la misma porque es noche y, al percibirla, no resta sino desfallecer (agitarse hasta la fiebre, perderse en el éxtasis, suicidarse).

Rosario retomó el tono irónico que Nietzsche utilizaba al referirse a las mujeres, para deconstruir, en primer lugar, el discurso antifeminista o falocéntrico de la tradición judeocristiana; y en segundo, para negar los arquetipos que la historia occidental había establecido: la adolescente, la señorita, la señora y la viuda.

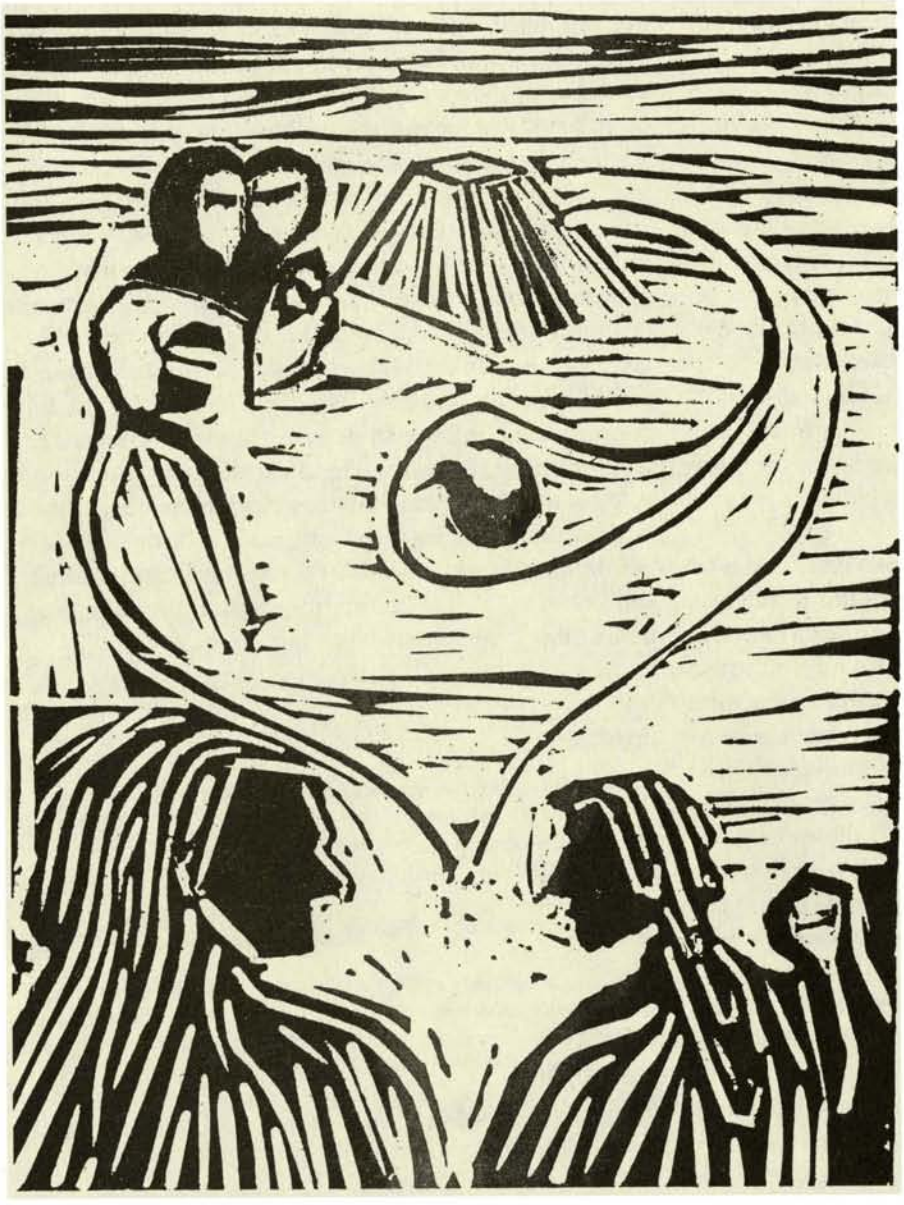
Inmersa en las reflexiones sobre la identidad del mexicano realizadas por la generación de los años cincuenta, analizó el desarrollo de la mujer oponiendo los arquetipos reales o de las "emancipadas" a los tradicionales: la joven, la solterona, la amante y la divorciada. Con la negación de los arquetipos tradicionales, reconstruyó la historia y las etapas de desarrollo de la personalidad (ideales/reales), al contraponerlos de acuerdo al esquema del eterno femenino:

- El *narcisismo idealizante*: consecuencia de graves problemas existenciales y el desencantamiento religioso, reduce a la adolescencia en edad de la inocencia y del misterio y marca a la condición femenina de miedo y desafío ante la figura masculina.
- La *soledad de la ilusión* es más allá de los problemas personales de estar-en-soledad, del rechazo, del repudio o la lástima: consecuencia de la soltería femenina y la no protección del hombre, la cual sustenta ya una relación feminista dentro de la sociedad patriarcal que anula a la mujer, al reducirla a la simple y pura ilusión.
- La *soledad cósmica* que rompe las ataduras sociales, vence la voluntad y destapa la desesperación hasta el autoodio: consecuencia de coexistir con la vergüenza de estar-en-soledad. es decir, con los sentimientos del rechazo y la exclusión.
- La *soledad fluida*, efecto de la negación violenta de ideales, sueños y realidades, la cual expresa ya una eterna ausencia del diálogo (es decir, el dolor como símbolo contrito, el sacrificio expiatorio que permanece entre las señales de lo eterno), que únicamente en la tragedia percibe la libertad de ser.
- La *insoportable soledad* que adscribe sus circunstancias a la educación e inserción de la mujer en el orden simbólico, es resultado del deseo ferviente de una felicidad inalcanzable.
- La *soledad de la liberación* —que como denuncia del sistema patriarcal— es pura actitud negativa, por una doble tensión. La primera, la existencia de la mujer entre querer ser y querer no ser. La segunda, la tragedia de ver y comprender.
- La *soledad del vacío*: consecuencia de una frustración de segundo orden, lo cual significa una irremediable alineación del sujeto al objeto de su deseo y que, cuanto más lo desea, tanto más se profundiza en ella la alienación de su goce.

Estas son las *siete soledades* sobre las cuales. de las cuales, ha brotado la poesía trágica de Rosario Castellanos. Puede concebirse como una deconstrucción de esa herencia dionisiaca que ha dado en llamarse el eterno femenino. Esta es la vía por la que intenta escapar al aislamiento, al aplastamiento de una vida privada, de su salida más visible. Y en verdad nos muestra que estos siete hielos drenan casi toda la vida de la mujer —de esa vida que no hay alguna brizna que no haya cogido, arrastrado, acumulado— y que subsiste como una parte muda. escamoteada, inaprehensible.

En la adolescente tiende a un *narcisismo idealizante*, contemplación que la impulsa a conocerse a sí misma; cuando llega a la juventud, en búsqueda de su liberación, comienza a formarse en ella una conciencia individual, que no puede consolidarse debido a que los valores serviles inculcados la sumergen en un estado de insuperable y perpetuo conformismo.

Las raíces del conflicto de la mujer cuando se re-



siste a esa integración social regida por el nombre del padre, apuntan hacia donde mira chocantemente abierto, el ojo del avestruz: la señorita y la solterona. En la primera, enfatiza el celibato como condición de aceptación social, cuyo deber es la espera y la obediencia al hombre. Mientras que para la "solterona", la virginidad se convierte en vergüenza de sí, llenándola de desaliento y hastío, al ser rechazada y repudiada por resistirse al dominio del hombre.

En la casada, la conciencia del significado de su virginidad se torna en sumisión y tormento silencioso de un desgaste cotidiano. Al entrar en la etapa del matrimonio, vía fácil para la aprobación e integración a la sociedad, se hace acreedora a un estatus que su misma condición le otorga. Sin embargo, esto no la libera de un sufrimiento habitual originado por su envidia hacia el hombre y su marginación, que le producen sentimientos de conformidad y soledad. A partir del casamiento, vivirá en un mundo que mire únicamente y para siempre hacia dentro, cerrada hacia el otro, en la casa, en la familia, en lo privado. La suya será una felicidad inalcanzable.

La "amante" es la contraparte de la mujer casada; es la mujer-símbolo de la entrega sin concebir, el abandono y la indiferencia del otro. Roto su ser interior, al rechazarla el hombre, vive el drama de la dependencia vital a la que cayó con las expectativas frustradas en torno a su salvación de ser la mujer legal y no lo otra; vive la insatisfacción y la frustración de su vida.

La "viuda", por el contrario, vive enclaustrada en la aflicción y el desamparo, que la llevan a un alejamiento del mundo y de Dios, mostrando a los que la rodean un rostro patético. Cuando entra en contacto con la realidad, siente lo helado del sentimiento de cobardía, de fuga, que degenera en odio. Sin embargo, al desembarazarse de ellos, se personifica *a sí misma*, por encima del miedo y la compasión de la eterna gloria del porvenir.

La viuda recupera su libertad perdida con el matrimonio. Libertad condicionada a partir de tres formas: convertirse en la figura central de la familia, romper con la abstinencia sexual que su condición le exige, o bien asumir el poder patriarcal que ha pasado a sus manos inesperadamente.

La "divorciada" coexiste en un mundo de incomunicación, desengaño y aislamiento. Su situación de mujer fracasada la remonta a una posición insostenible, que requiere de serenidad. El retorno a su estado de soltera

le niega el derecho al placer; se menosprecia su capacidad de amar y solamente es utilizada.

En el laberinto rosarino, la nostalgia femenina, al renunciar al cuerpo, transforma "la decencia" y la virginidad en prendas de respeto a través del marido, o estigma de indefensión al rozar los treinta años de edad. Como discurso está dominado por imágenes del rechazo social a la mujer: en el amor, ante las dificultades de la maternidad, en su mundo doméstico y familiar y, muy especialmente, en lo intelectual. Sus imágenes de soledad, desesperanza e indefensión se repiten revestidas de solteras, mujeres confusas, esposas engañadas, seres rencorosos o enloquecidos a fuerza de contener pasiones; provincianas resecas, sumisas o abandonadas cuyos destinos están sujetos, por la voluntad masculina, a la ignorancia.

El telón del eterno femenino cayó, incitando a las mujeres mexicanas a que inventen su propia conciencia feminista, puesto que las formas *conscientales* importadas no pueden ser fácilmente aceptadas o asimiladas.[6] En este sentido, la conciencia feminista mexicana, mito de eterno retorno —como tituló Mircea Eliade a la necesidad de retornar ritualmente, o por la declamación mitológica a "aquel tiempo" cuando lo relevante ocurrió—[7] se encuentra extasiada por el rito del retorno, de esa historia que quedará eterna como mito de soledad.

Los arquetipos rosarinos niegan la historia pero nunca se deshacen de ella; constituyen una "historia" en la medida en que se componen de gestos, acciones y defectos que, aun cuando se supone que se han manifestado *in illo tempore*, no obstante se han manifestado, es decir, han nacido en el tiempo, han "ocurrido" como cualquier otro acontecimiento histórico. La mujer del discurso rosarino *se reconoce y quiere ser-en-la-historia*, porque el mundo no está todavía, en esta hora, completamente ganado por el "historicismo"; más aún, afirma categóricamente, que el mundo se constituye a partir del conflicto de dos concepciones: la concepción arcaica, que llamaríamos arquetípica y antihistórica, y la moderna, posthegeliana, que quiere ser histórica.

Sin embargo, la proyección liberadora que despliega la poética rosarina al descubrir lo que se esconde tras los mitos, no deja de ser una nueva herida cuando lo descubierto adopta, por existir, por su perpetuidad en el tiempo, una nueva dimensión trágica, la tragedia de ver y comprender: ver la marginación y soledad y comprender que no habrá liberación sino a través del suicidio o la locura. En consecuencia, la libertad de hacer la historia de que se jacta es ilusoria para la casi totalidad del género humano. A lo sumo le queda la libertad de elegir entre dos posibilidades: en primer lugar, oponerse a la historia que hace esa limitada minoría (y en este caso tiene la libertad de elegir entre el suicidio y el destierro); en segundo, refugiarse en una existencia subhumana o en la evasión. ♦

Notas

[1] Avance del estudio: *Horizonte de silencio*: Rosario Castellanos y la poética de la feminidad.

[2] Federico Nietzsche. *Ecce-homo*. Trad. de P. González Blanco, México, Editores Mexicanos Unidos, 3a. edición, 1983, pp. 74-75.

[3] Elena Poniatowska. "Prólogo", p. 22,

[4] Rosario Castellanos, p. 187.

[5] No hay que confundir el mito con la captación de un significado; el significado es inmanente al objeto, y es revelado a la conciencia en una experiencia viva, en tanto que el mito es una idea trascendente que escapa a toda captación de conciencia.

[6] Norma Alarcón, p. 42.

[7] Mircea Eliade. *El mito del eterno retorno*, España, Alianza Emecé, 1984.